

LUIS
MARIANO

canta

ANGELICA
SERENADE

BAJO LA LLUVIA

FANDANGO

ILUSION

LUDMILLA
TCHERINA

LUIS
MARIANO *en*

Fandango



EDICIONES
BIBLIOTECA
FILMS



10

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMÓN SALA VERDAGUER

Apartado 707 :: BARCELONA :: Teléfono 70657
Valencia, 234 :: Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Librería
Barbadá, 16, Barcelona - Tornesa, 4, Madrid

EDITORIAL
"ANAS"



AÑO XXX

SERIE ESPECIAL

NUM. 162

NºM. 411

FANDANGO

Sobre una magnífica carretera de Francia rueda veloz
un coche hacia una dirección desconocida. Un reven-
tón obliga a su propietario a hacer alto en un pue-
blecito de montaña, y así es como el lector se
entera de cómo ama y vive aquella buena gente



BALET Y BLAY

Paseo de Gracia, 83



BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

José . . .	Luis Mariano
Angélica . . .	Ludmilla Tcherina
François . . .	Raymond Bessières
Annette . . .	Annette Poivre
Fleur . . .	Jean Tissier

Director

E. REINER

Narración literaria de

Marcos Estrada

EN UN PUEBLECITO DE MONTAÑA

Que no es oro todo lo que reluce, dice un proverbio viejo que jamás pierde actualidad y aquel coche que corre disparado sobre el asfaltado camino, conducido por un hombre que ya no es joven ¿pertenece a un acaudalado comerciante o a un caballero de industria? La pregunta es prematura, han de ocurrir muchas cosas para que el lector pueda saber la contestación exacta. De lo que no cabía la menor duda era que la persona que llevaba el volante sabía conducir bien y le gustaba la velocidad. Corría tanto el vehículo que uno podía pensar que huía. Absurdo pensamiento. Aquella marcha, aquella carrera tendría que acabar pronto y acabó. Un reventón puso punto final a aquel exceso de velocidad y el amo del coche lo hizo andar hasta frente de lo que era el garage de aquel pueblo alto montañoso donde no se veía a nadie por la carretera dando la sensación de que no estaba habitado.

Un hombre anciano leía el periódico tranquilamente ante la puerta del garage sin haberse molestado tan sólo a levantar la cabeza cuando el coche se detuvo. El señor Fleur, amo del auto, saltó a tierra y examinó las ruedas. En una de las delanteras le pareció ver un corte, pero no podía precisarlo. Prefirió esperar a un experto antes de tocar nada. Se acercó al viejo que leía y permanecía impávido. El señor Fleur empezó por toser, subiendo de tono pausadamente y como no conseguía que se le hiciera el menor caso, habló:

—¿Acaso le molesto? — preguntó respetuosamente.

El interrogado apartó la vista del diario, miró a su interlocutor y contestó calmoso.

—De ningún modo, está usted en su casa.

Dicho lo cual volvió a leer dando el diálogo por terminado.

—¿Es muy interesante? — preguntó el señor Fleur deseando hacerse simpático, pues necesitaba que le arreglaran el coche cuanto antes.

—¡Hum! No, en absoluto.

—¡Hombre, cuanto me alegra! Así podrá usted dar un vistazo a mi coche.

El anciano levantó los ojos y miró el coche detenido en medio de la carretera, siempre con la misma calma.

—Pues, no está mal — contestó impasible.

El señor Fleur empezaba a impacientarse. El era un parisino atacado de la mosca de la prisa y no comprendía tanta flama.

—Agradezco mucho su apreciación pero, ¿podría usted extender su amabilidad hasta componérmelo? ¡Tengo mucha prisa!

Dejó el diario el buen hombre y miró al forastero de pies a cabeza.

—Pero si yo no soy el del garage... ¡Yo soy el enterrador!

Esta declaración dejó atónito a Fleur y no tuvo aliento más que para murmurar un apagado:

—Dispense.

—¡No tiene ninguna importancia! Si puedo serle útil en algo...

—¡Dios mío! ¡Con la prisa que tengo! ¡Qué país!

Por la carretera venía andando un muchacho joven de aspecto simpático, tarareando una canción.

—Mire, ahí viene el mecánico que ha tenido que salir a causa de un accidente en la carretera.

Mientras el anciano sepulturero daba estas explicaciones al forastero llegó el mecánico a donde ellos se encontraban.

—...y ¿qué? ¿Cómo quedó el auto? — preguntó el anciano pensando en que tal vez serían necesarios sus servicios profesionales.

—¡Hecho migas! — exclamó el mecánico.

—¿Y el chófer? — insistió el enterrador.

—¡Se ha salvado, gracias a Dios!

Fleur escuchó el diálogo entre los dos del pueblo y se decidió a intervenir.

—¡Ah! ¿Es usted el mecánico? Lo pregunto porque aquí uno no sabe nunca a quién se dirige. Me parece que he reventado un neumático, ¿quiere usted mirarlo?

Aunque no con tanta calma como el sepulturero, pero sin de-

masiada prisa, el mecánico miró una a una las ruedas del coche y arrancó algo de una de ellas.

—Se comprende el reventón, vea — dijo José mostrando una soberbia herradura al dueño del coche.

—¡Una herradura! Es gracioso — exclamó el señor Fleur —. Trae buena suerte. ¿Tardará usted mucho tiempo en reparar esto?

—Verá usted, el que sea preciso — contestó el mecánico calmoso.

—Sí, sí, claro, el que sea preciso, pero tenga en cuenta que tengo prisa, me dirijo a París, ¿sabe? ¿Tendré tiempo de tomar una copa?

—¡Oh, sí! Aunque sean dos.

—A lo mejor, tres — dijo Fleur temiendo que la reparación duraría mucho más de lo que él deseaba.

El anciano sepulturero le indicó donde se encontraba un establecimiento de refrescos, a poca distancia de la carretera, y el señor Fleur emprendió andando el camino hacia el bar.

El lugar no era desgradable. Una bonita terraza situada a bastante altura de la carretera, permitía gozar de muy buena vista. Las mesas estaban esparcidas por la terraza en la que un toldo resguardaba a los clientes de los fuertes rayos del sol. El local cubierto tampoco estaba mal. Se veía un mostrador y más mesas. Al momento de llegar al señor Fleur no había un alma en aquel lugar. Parecía un restaurante desierto del que hubiesen huído todos los comensales.

El señor Fleur tomó asiento ante una mesa, miró a su alrededor y como no apareciera nadie a atenderle, gritó:

—¡Camarero! ¡Camarero!

A pesar de estas voces nadie aparecía. Indudablemente en el café sufrían el mismo ataque de flema que el sepulturero y el mecánico.

Sin embargo, el café no estaba deshabitado. En un rincón detrás del mostrador, el amo del local y tres amigos suyos, estaban jugando a cartas. François, el camarero, seguía el juego de pie, aconsejando las jugadas. La voz del cliente llegó hasta allí, pero se trataba de una baza interesante y François no estaba más que para el juego.

—¡Camarero! ¡Camarero! — se oyó de nuevo.

—¡Voy en seguida! — contestó François con buena voz y sin

moverse de sitio —. Nueve de pique y dama de pique, Cleopatra y su aspid.

—Vamos, François — dijo el amo — ¿no oye que le están llamando?

—¡Voy corriendo! — y al decir esto el camarero cogió una bandeja y una botella lanzándose a la terraza.

—¡Camarero! ¡Camarero! Que tengo una prisa atroz, venga.

—Sí, señor, voy volando, voy volando.

Esto era lo que decía François, pero como la mesa elegida por el señor Fleur estaba situada en un lugar para llegar al cual era indispensable pasar por debajo de una escalera y el camarero era el hombre más supersticioso del mundo, fué a dar un rodeo que todavía retrasó más el servicio Fleur le veía hacer todas aquellas maniobras extrañas y de momento no atinaba en qué era lo que le pasaba al buen hombre.

—¿Volando? ¿Volando? ¿Viene o no viene usted?

—Aquí estoy, señor, dispense señor, era... era por la culpa de...

—Sí, de la escalera, lo sé. ¿Es usted supersticioso?

—Hasta la médula, señor, no pasaría por debajo de una escalera aunque me matasen y no pasaré mientras estén aquí de obras.

—Es cosa de reírse. ¿Qué me trae usted?

—La especialidad del país...

—¿No tienen otra cosa?

—Es muy bueno, señor, pruébelo usted, le gustará — y François sin aguardar más, escanció un oscuro líquido en la copa del solitario cliente.

Bebió Fleur un sorbo y apartó el vaso de sus labios.

—¡Uf! ¡Qué gusto más raro!

—Sí, hasta que se acostumbra el paladar, señor, el segundo sorbo es mucho mejor.

—Bébaselo usted, se lo regalo.

—¡Oh, no, señor!

Es que no quiero envenenarme. Espere, le pagaré.

—¡Oh! ¿Qué es esto? ¡Una herradura! — exclamó el camarero mirando la herradura que había desgarrado el neumático y que Fleur había depositado encima de la mesa —. Si cogenes una herradura te abrirás la sepultura.

—Esta herradura es mía — dijo Fleur ya en pie y dispuesto a marchar.

—Le ocurrirá algo malo si la deja sobre una mesa.

—Pero si trae buena suerte — dijo Fleur riendo.

—No, no lo crea, señor.

—Le aseguro que trae buena suerte.

—Y yo le aseguro que está usted en un grave error — insistió el camarero.

—Todo depende de la dirección en que se ponga... si la abertura se pone hacia arriba o se pone hacia abajo.

—No lo crea, ho lo crea — decía François acompañando sus protestas de ridículos ademanes.

Hablando así había bajado de la terraza y salido al camino donde se veía un carrito tirado por un burrito y guiado por dos bonitas muchachas.

—¡Hola! — dijeron ellas parando el carrito.

—Buenos días preciosa — replicó François.

—Ya le dije que la herradura traía suerte. ¡Es encantadora!

—Muchas gracias, señor. Es mi mujer.

—¿La morena? — preguntó Fleur interesado.

—No, la otra.

—Entonces presénteme la morena.

—Si esto ha de complacerle.

—Desde luego, mucho.

Se acercaron los dos hombres al carrito en el que se veía a una muchacha muy joven, vestida con un sueter a rayas y pantalón, y otra más morena con la cabellera suelta, de facciones más delicadas.

—Aquí os presento al señor... — y François miró interrogativamente a su cliente.

—Fleur, Gastón Fleur.

—Ángelica Rossetti y Annette, mi esposa. Las dos son hermanas.

—Pues no se parecen — comentó Fleur.

—Sólo somos hermanas de leche — dijo Ángelica, la de la linda cabellera.

—Pero fué ella quien se la bebió toda — agregó Annette con sus andares de chico.

—El burrito se llama Cadichón — explicó Ángelica.

—Bendigo la casualidad que me hizo parar en este bello rin-

cón del mundo — exclamó Fleur —. ¿Puedo ofrecerles una copa de champaña?

—Ciertamente, señor — dijo François acordándose de que era camarero y que servía en un bar.

—Muchas gracias, pero no tenemos tiempo — dijo Angélica.

—Debemos estar en la estación cuando llegue el tren de las 18.47 — explicó Annette.

—¿Van ustedes a París?

—No, vamos a esperar a alguien... — dijo Annette.

—¡Qué lástima que no sea a mí! ¿Algún desconocido?

—Andando! — dijo Annette tirando la brida del burrito.

—¿Algún príncipe encantador? — inquirió Fleur.

—¡Tal vez! — contestó Angélica sonriendo.

—Es deliciosa — comentó Fleur.

—¿Mi esposa? ¡Sí!

—No, hombre, la otra. ¡Angélica! ¡Es el sol del Mediodía!

Tengo que irme. ¿Qué le debo?

El carrito con las muchachas había desaparecido camino abajo hacia la estación.

—Sesenta francos — contestó rápido François.

—¿Tiene cambio de cien?

—Gracias, señor. ¡Qué tiempo tan hermoso, señor, teniendo en cuenta que aun no estamos en primavera, verdad? Con tal que continúe así.

—¿Ha guardado usted...?

—Ah, muchas gracias, señor!

—Bien, quedese con el cambio.

—Hasta otro día, señor. Buen viaje.

Mientras Fleur descendía la pendiente que debía llevarle de nuevo a la carretera y al garage, François se derritía haciendo reverencias al cliente que se ausentaba.

En plena carretera ya Fleur pudo oír una simpática voz de hombre cantando una bonita canción.

UNA ILUSIÓN

Yo sé

que fué tan sólo una ilusión
pensar

que yo era digno de tu amor,
soñé

en una torre de marfil,

Sé bien que soy muy poca cosa para ti... —
 Yo sé que fué tan sólo una ilusión.
 Sé que ese es el amor que logaría al fin tu amor.
 Te amé y estoy seguro que jamás como mi amor
 ningún amor encontrarás... —
 Eres tú mi ilusión,
 mi ilusión... —

No se veía a nadie, pero la canción seguía. Por fin aparecieron las piernas del mecánico José debajo del coche.

— ¡Ah! ¿Era usted el artista que cantaba? ¿Ya está arregiado el neumático? ¿Qué tenía?

— Un corte producido por la herradura y una rama que recogió de algún árbol — dijo el mecánico entregando un palo a Fleur.

— Sin duda por eso oía cantar a los pajaritos... ¡Qué rara es la mecánica! ¿Qué le debo? — preguntó Fleur creyendo tener el coche a punto de marcha.

— No se cuánto costará la pieza de urgencia — respondió José.

— ¿Qué pieza de urgencia? — preguntó Fleur alarmado.

— Pues la bomba de agua.

— ¿La bomba de agua? Pero, ¿qué bomba de agua?

— La que he tenido que desmontar.

— ¿Desmontar? ¿Y no la ha vuelto a montar?

— No — respondió José decidido.

— ¿Por qué?

— Porque se rompió al sacarla — dijo con toda frescura.

— ¿Se rompió al sacarla? ¡Esto es intolerable! ¿Dónde está el dueño?

— Por ahí fuera... jugando a los bolos.

— ¡Por ahí fuera jugando...! ¡Qué país! ¡Nadie hace nada!

¡Patrón!

Muy cerquita del garage en un terreno apropiado y con otros compañeros, todos entrados en años, se entretenía el amo del garage jugando a los bolos.

—¿Qué ocurre? — preguntó al oír los gritos de Fleur —. ¿Es que no puede uno estar cinco minutos tranquilo?

—Escuche, usted, buen hombre — empezó diciendo Fleur —. ¿Qué es eso de haber sacado la bomba de agua? El coche marchaba bien.

—No se alarme usted, señor — dijo José — ya haremos venir una de París. Es cuestión de tres o cuatro días.

—No puedo permanecer aquí cuatro días, ya debía estar en París.

—Pero ¿quién le ha dicho a usted que desmontara la bomba? — preguntó por fin el amo al mecánico.

—Sí, ¿quién se lo ha dicho? — repitió Fleur.

—Tenía un escape.

—¡Tenía un escape! ¡Tenía un escape! — exclamó furioso el amo —, usted también tendrá un escape, pero en seguida. Vamos, fuera de aquí, ¿oye?

Sin más cumplidos fué despedido José de su empleo y el amo dió vuelta a un cartelón donde se leía:

«SE NECESITA UN MECANICO»

LA TORRE DE SAN CRISTOBAL

Angélica y Annette habían llegado a la estación del ferrocarril. La primera permanecía en el carrito mientras Annette, de espíritu más comercial, se alineaba en la puerta de salida del andén junto con los empleados de los otros hoteles, que iban a esperar clientes en perspectiva.

—Hotel de Inglaterra y del Panorama. Hotel de primer orden, recomendado por el Club Turístico de Francia — voceaba un hombre uniformado.

—Hotel del Comercio y de la Industria, precios especiales para familias — gritaba otro.

—Agua caliente y fría, confort moderno, cámara oscura, garage... — decía el primero que había hablado.

—Comida abundante, garage gratis — terciaba el segundo.

Por fin Annette podía hacer oír su fina voz:

—En la Torre San Cristóbal, servicio esmerado, a cinco kilómetros, en el camino de la montaña. Descanso, tranquilidad, sol en todos los pisos, no hay mosquitos ni garage. ¿El señor va solo?

—preguntó Annette a un señor anciano.

—Por el momento, sí. ¿Cuánto cobran por la pensión?

—Más barata que en cualquier parte — contestaba Annette rápida.

—¿Qué dan para desayunar?

—Nunca dos veces la misma cosa.

—¿Y hoy?

—Cambiamos a diario.

—¿Cocinan con mantequilla?

—Con mantequilla, aceite, margarina, ya lo verá usted. Estará como el pez en el agua.

—Preferiría en vino — contestó el cachazudo señor.

—Lo hubo esta mañana, créame, estará usted como en su casa — insistía Annette, segura de que ya tenía un cliente.

—Eso no me entusiasma mucho.

A muy poca distancia se veía venir una señora acompañada de uno de los hombres de otro hotel.

—Ernesto... — dijo la dama.

—¿Me llamabas? — preguntó el caballero.

—Sí, el talón del equipaje.

—Aquí lo tengo, sí, toma. Creo que he encontrado la pensión que soñaba.

—Yo también, vamos al Hotel del Comercio, en la plaza.

Y la pobre Annette tuvo que ver cómo la señora se llevaba a su esposo hacia el hotel de la Plaza y ella se quedaba sin huésped.

Ángelica seguía esperando en el carrito y de repente apareció el señor Fleur.

—¡Oh! ¡Qué feliz encuentro! — exclamó el viejo Tenorio — ¿Está usted sola? ¿Y el desconocido?

—No ha llegado.

—¡Ah, encantadora muchacha! Es la imagen de la vida... esperamos siempre algo que nunca llega. Estoy pensando que ocurren cosas raras en este país, mi coche averiado, herraduras, camarrero supersticioso, mecánico irresponsable, obligación de tomar el tren y vea, usted y yo nos volvemos a encontrar. Iré a bus-

car alojamiento... y luego volveré por el coche. ¿Sabe usted de algún buen hotel?

Sí, la Torre San Cristóbal...

—¿Dónde está?

Bien situada — contestó Angélica tan evasiva como Annette en su reclamo de la pensión.

—¿Y la cocina?

—Del país.

—¿El servicio?

—Discreto.

—¿El precio?

—De acuerdo.

—¿Hay mucha gente?

—¡No! — confesó amargamente Angélica.

—¿Se hospeda usted allí?

Angélica sonrió deliciosamente.

Bien se ve que usted no es de aquí. La Torre San Cristóbal es una pensión encantadora... mi abuela es la cocinera y Annette es quien sirve.

—Y usted, Angélica, es el sol del Mediodía... Angélica es un ángel y una delicia. Volveré para verla — dicho lo cual el señor Fleur se despidió de la muchacha, que se quedó triste porque tampoco pudo conquistar a un cliente.

Mientras tanto François había vuelto a su terraza y servía a una señora a la cual también pensaba atraer a la Torre San Cristóbal.

—Debe ser deliciosa la habitación que tiene usted en el hotel... pero si piensa quedarse mucho tiempo, me permito recomendarle una posada encantadora a cinco kilómetros de aquí... la Torre San Cristóbal, bordeando el pequeño sendero.

—Estoy muy bien donde estoy — contestó la dama secamente.

—Lo siento, especialmente por usted, estaría allí como en su casa.

—Muchas gracias. ¿Cuánto es?

—Sesenta francos, señora.

—¿Dónde he dejado mi bolso? — dijo la señora. François lo vió encima de la mesa y la señora también. Lo cogió ésta iba a caerse un espejito de mano. Semejante desgracia ante un supersticioso como el camarero hubiese sido terrible,

por lo que se abalanzó para salvar el espejo, dió un golpe a una botella qu cayó al suelo manchando la falda de la forastera.

¡Qué torpe es usted! — exclamó la señora.

—No tiene importancia, es una botella de cristal ordinario, esto trae buena suerte.

—Discúlpese por lo menos.

—He evitado algo peor. Un espejo roto trae siete años de desgracia.

—¿Y mi falda?

La presencia del forzudo amo del bar interrumpio la discusión.

—¿Qué le ocurre a usted señora? — le preguntó.

—Jamás volveré a esta casa.

—Dispense usted, señora...

—Vea que agradecimiento, después que le salvé el espejo — exclamó François indignado.

—Estoy harto de usted y de sus torpezas, márchese. ¡Queda despedido!

—¿Despedido? ¿Qué quería que hiciera? Debería usted darme las gracias.

—Esto es lo que hago. ¡Venga! Fuera de aquí, yo pedí un camarero... no un saltimbanqui.

—Bien, bien, bien, no me quedaré en un lugar donde no saben apreciar mis servicios — exclamó orgulloso François.

—Venga, venga, menos charla, ¿eh? Lárguese y buena suerte — insistió el amo del café —. ¡Lárguese y buena suerte!

—No diga usted esto que eso trae male suerte — exclamó el supersticioso François, que con la chaqueta al brazo se disponía a marchar.

—¡Camarero! ¡Camarero! — gritó un cliente en la terraza. En aquel instante el amo del bar se dió cuenta de que no tenía ya quien sirviera las mesas de la terraza.

—¡Ande, ande! ¡Dése prisa! ¿No oye que están llamando?

— decía François irónicamente a su ex amo —. Muévase un poco, a ver si se lebaja un poco la barriga. Le sentará bien servir en la terraza.

La impertinencia del camarero despedido sacó de quicio al propietario porque le hería en lo más vivo de su ser. Era sin duda un hombre grueso y muy lento. Se contuvo por temor a la clientela, dirigiéndose a una mesa donde se veía a un hombre joven

de aspecto sencillo. François vió también al cliente y se acercó a él.

—¡Hola, amigo! ¿Qué tal estás? — le preguntó el ex-camarero a José, su amigo el mecánico.

—Yo muy bien ¿y tú? — preguntó José sorprendido al ver que su amigo se sentaba junto a él y con gran desparpajo se dirigía al amo del establecimiento.

—¡Ah, no puedo estar mejor! ¡Mozo! Traiganos dos Cinzanos, según tarifa, pero no del que sirve a los que pasan, si no del legítimo, del bueno, que está en el... arriba en el armario. Dos vasos bien limpios, un trocito de hielo, en fin, como de costumbre.

—Está bien — contestó el burlado propietario.

—¿Así es como le hablas a tu amo?

—Sí, es un buen hombre... acaba de despedirme, pero como amigos...

—¿Tú también? — exclamó José asombrado.

—¿También? ¿Es que te han despachado? Dime, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé. Hace ya un mes que vivo en el pueblo... y como no estoy casado, me parece que me marcharé.

—Es mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer. Quédate aquí, ya encontrarás trabajo. ¿Tienes dinero?

—Sí, he ahorrado algunos billetes — contestó José.

—Pues bien, la vida es bella. Ven a vivir en nuestra casa, la torre San Cristóbal a cinco kilómetros de aquí. Reposo, tranquilidad, no hay mosquitos, ni garage. ¡Camarero! ¿Viene eso o no?

— gritó François vengándose de sus días de camarero.

—Ya va! ¡Ya va! ¡Ya va! — respondió el atormentado dueño.

Cuando llegó el hombre con los dos aperitivos, François le habló amablemente.

—No me guarde rencor, señor Boutartigue, pero no se fatigue tanto. Ya le he encontrado un sustituto, un camarero de primera.

—¿Quién es? — preguntó el amo, sin poder disimular la alegría que causaba aquella noticia.

—El señor — dijo François señalando a José —. Mi amigo ha trabajado en Biarritz, en Montecarlo, en los más garages... párbes, quise decir en los más lujoso «palaces» de Francia y de Navarra.

—¡Oh, no! El señor es un artista. ¿Te divertirá hacer esto,

verdad? Antes de convertirse en el rey de la limonada, debutó modestamente.

—¡Camarero! — se oyó alguien que llamaba.

—Ya voy... En fin, puede probar si quiere y si le gusta, el empleo es suyo.

—¡Claro que le gustará! — exclamó François que era quien llevaba la voz cantante en el asunto.

Cuando el amo hubo desaparecido para atender a otro cliente, el ex-camarero dijo a su amigo:

—¡Ya te encontré empleo!

—Pues bien, si te parece, puedo ofrecerte el que yo acabo de dejar vacante.

—He de confesarte que la mecánica y yo no somos buenos amigos.

José preparó el dinero para pagar el gasto.

—Me parece que estás loco — dijo François — ¿vas a darle propina al amo?

Los dos amigos abandonaron el bar y emprendieron el camino hacia la Torre de San Cristóbal. Al poco rato de andar les alcanzó el carrito en que iban las dos muchachas.

—¿Qué hay? — preguntó François al ver el semblante acongojado de su mujer y su cuñada.

—El gran chasco. Encontramos un cliente, pero se nos fué de las manos — dijo Annette.

—Pues yo encontré un cliente, sin necesidad de ir a la estación. José Touvaró, un amigo... que acaba de sacrificar el bello porvenir que le esperada en la mecánica.

Montaron en el carrito y el pobre Cadichon arrastró la nueva carga.

UN PINTOR EXISTENCIALISTA

La empresa como casa de huéspedes de la Torre San Cristóbal tenía todo el aspecto de ser un gran fracaso. Emplazada la casa en una colina a la que se llegaba cruzando un puente que partía de la corredera real, era en realidad un lugar delicioso propiedad de la señora Rossetti, la abuela de Angélica, que deseosa de ha-

cer negocio, corría el riesgo de perder todo lo que tenía. Hasta el momento sólo había conseguido un huésped y éste era un joven pintor existencialista, de mal cuidada barba, cuyos cuadros no se vendían ni nadie los quería aunque los regalara.

El sueño dorado de las Rossetti era que la carretera real se desviara hacia la torre San Cristóbal porque entonces todo el tránsito pasaría ante la casa y los huéspedes caerían como del cielo. Pero esto eran sólo quimeras y quien más las fomentaba era François, el flamante nieto político de la casa.

Paul, el pintor, sentado cómodamente a la sombra de un árbol en el jardín de la torre San Cristóbal, está pintando un raro paisaje en el que se ve una torre muy inclinada.

La señora Rossetti no olvida su negocio y se dirige al bohemio.

—¿Qué es eso? — le pregunta señalando al cuadro.

—Es la Torre San Cristóbal.

—Pues más bien parece la Torre de Pisa — dijo la anciana con ironía.

—Yo la veo a través de mi temperamento — contestó orgulloso el pintor.

—¿No le parece que la estropea?

—Pero, señora — dijo Paul poniéndose en pie — se lo he repetido cien veces. Yo no pinto caras o naturaleza muerta, yo pinto las almas de los seres, de las cosas...

—¿Y cómo va a llamarse el cuadro?

—Un día de primavera.

—Y... ¿cuándo pintará usted un día de liquidar?

—Esa es una cuestión del color de las almas.

—No hablo en broma.

—¡Ah! Es para recordarme que le debo tres meses...

—¡Seis!

—¿Seis? ¡Dios mío, cómo pasa el tiempo! — suspiró Paul volviéndose a sentar y dando el asunto por terminado.

La abuela bajó a recibirles.

—Le presentó al señor Touvaró — dijo ceremonioso François.

—Encantada — contestó la anciana.

—Buenos días, señora — dijo José.

—Bienvenido a nuestra casa — contestó la señora.

—Muchas gracias.

—¿No trae equipaje? — preguntó Paul que había descendido

de su pedestal para recibir al recién llegado y prestarle el servicio de llevarle la maleta a su habitación.

—No, lo ha dejado en el Gran Hotel en Biarritz — dijo François.

—Entonces, tal vez este alojamiento le parezca demasiado modesto — dijo la señora Rossetti.

—Al contrario, señora — contestó José, mirando disimuladamente a Angélica — tengo la impresión de que me gustará mucho.

—Mi nieta le enseñará su habitación.

—Gracias señora.

Angélica dijo a José que la siguiera y penetraron en la casa.

—Yo subiré la cartera del señor — dijo Paul, quien, dicho sea de paso, estaba enamorado de Angélica y la presencia de un hombre como José en la casa le molestaba.

Annette quedó sola con la abuela.

—¿Está de vacaciones este joven? — preguntó la señora.

—Sí, está cesante — informó Annette.

—Mañana empezará a trabajar — intervino rápido François — y además tiene dinero, él me lo ha dicho.

—¡Ah! Menos mal — comentó la abuelo que ya veía otro existencialista instalado en la torre sin liquidar ningún mes —. ¿Dónde va a trabajar?

—En el café.

—¿Y usted, François? — preguntó la abuela.

—Yo no... he terminado allí.

—¿Ha dejado el empleo?

—No, el empleo le ha dejado a él — aclaró Annette de muy mal humor.

—¡Dios mío! ¿A dónde nos llevará esto? — exclamó la anciana.

—Allá arriba, abuela, allá arriba — dijo el optimista François.

—¡Al primer piso?

—No, al cielo.

—Yo me voy a preparar la comida — dijo la señora dejando al matrimonio solo a discutir.

Annette era de las que vulgarmente se dice que no tienen pelos en la lengua y en cuanto hubo desaparecido la abuela se volvió hacia su marido, con aire severo:

—La has hecho buena trayendo a ese chico aquí. ¡Otro que

está sin blanca! ¿Es así como pretendes levantar la casa? Dame el dinero que has cobrado.

François empezó a sacar billetes de distintos bolsillos y los entregaba a su mujer.

—¿Esto es todo? — preguntaba ella, segura de que retenía algo —. El resto, venga, ¿es todo?

No había manera de distraerle un franco a Annette y no cejaba hasta que el pobre François se quedaba sin nada.

—Toma, este billete se había rezagado.

Poseedora de todas las ganancias del marido, Annette se sentía cariñosa y acariciando el delgado y feo semblante del ex camarero, le decía:

—Eres guapo.

Entonces Annette se dirigía a un corredor que daba del comedor a la escalera, donde había una mesita, algún mueble auxiliar y unos cuadros en la pared, siendo uno de ellos la fotografía de boda de Annette y François realmente horrible.

Annette se acercaba a este retrato, movía un resorte y el cuadro se convertía en una puerta que ocultaba un perchero nicho dentro del cual la muy ahorrativa esposa guardaba su dinero. Colocó los billetes cuidadosamente sin que nadie la viero, tocó el resorte y nuevamente la fotografía de novios tapó el escondrijo.

Angélica y José estaban examinando la habitación que habían destinado al nuevo huésped.

—¿Le gusta su habitación? — preguntó Angélica.

—¡Ya lo creo! Es la habitación más bonita que he tenido desde que estoy en Francia.

—¿Ha tenido usted muchas? — preguntó la joven.

—Algunas.

—¿Es usted un huésped exigente?

—No lo soy... soy ¿cómo le diría? Un poco vagabundo.

—Yo creía que los vagabundos dormían a la intemperie—dijo Angélica sonriendo.

—Ya me ha ocurrido esto alguna vez.

Paul entró en la habitación.

—Traigo la cartera del señor.

—Gracias, Paul — dijo la joven.

—¿Necesitan ustedes algo más? — interrogó el pintor.

—No, gracias.— contestó Angélica.

—Estoy en la habitación contigua — insistió Paul —; lo digo por si me necesitan.

—No lo creo — replicó José.

—Está muy bien — repuso el pintor retirándose.

—Es raro que nunca nos hayamos visto en el pueblo — dijo Angélica.

—Yo sí que la conocía.

—¿De veras?

—A menudo la veía desde el garage, pasar por la carretera. Los sábados por la noche, iba al baile, pero usted no estaba nunca.

—Mi abuelita es un poco anticuada y no me deja ir porque no le gustan los bailes modernos.

Alguien llamó a la puerta de la habitación.

—¿Qué es lo que querrá ahora? — dijo Angélica, segura de que se trataba otra vez de Paúl —. Adelante.

—Es la ficha — dijo el pintor.

—¿Qué ficha? — preguntó Angélica.

—El reglamento de la policía. ¡Son muy severos ahora!

— explicó el pintor.

—Me parece que no corre tanta prisa — observó Angélica.

—¡Ah, sí! Las personas que tienen la conciencia tranquila la llenan en seguida... — dijo Paúl colocando la hoja impresa encima de la mesa.

—¿Sí? ¡Démela! — dijo José alargando la mano.

El pintor tenía deseos de hacerse útil y justificar así ante Angélica que si bien no pagaba la pensión, sería de administrador, conserje y botones a la vez.

— Permitame — dijo Paúl --, usted dicte y yo tengo todo lo necesario... estilográfica, y ya se la llenaré. ¿Su nombre?

— Luis Aldave — contestó José.

— ¿Edad?

— Veintisiete años... y treinta y dos dientes.

— ¿Lugar de nacimiento?

— Irún.

Paúl pareció no haber entendido bien y José repitió la palabra deletreándola.

— I - R - U - N.

— ¿Qué país?

— País vasco.

—¿País vasco? — repitió Paúl interrogando.

—¿Me permite? — dijo José ansioso de terminar con aquel interrogatorio.

—No faltaba más — replicó el pintor.

—¿Profesión...? ¡Vagabundo! ¿Llegado de...? ¡Biarritz! ¿Se dirige? ¡A la aventura! ¿Duración de la estancia? ¡Indeterminada!

José había leído las preguntas y las había contestado en esta forma pintoresca agotando la paciencia del existencialista.

—Si le es igual... llénela usted mismo — dijo Paúl saliendo de la habitación.

EL NUEVO HUESPED

La señora Rossetti estaba en el comedor hablando con su nieto político sobre el nuevo huésped que le había traído tan inesperadamente.

—Y ¿a dónde dice que se dirige? Ahora viene hacia aquí — dijo la anciana saludando amablemente al joven, que reuniéndose con François pasaron hacia el jardín.

—Ya verás como estarás aquí muy bien... Annette y yo venimos hace dos años para pasar las vacaciones y aún estamos...

—¿De vacaciones? — preguntó José asombrado.

—No, hombre. no. Aquí se está bien... Se trabaja muy despacio por la mañana y no muy aprisa por la tarde. He trabajado un poco en todos los oficios del pueblo. Sólo me falta probar la mecánica.

—Y ¿Angélica? ¿Ha nacido aquí? — preguntó José más que interesado en la muchacha.

—Sí... pero cuando esto no era una hospedería. Hace más de un año que quieren convertir la torre en una pensión. Lástima que por esta carretera no pasa nunca nadie.

—Pues ¿de qué vivían antes?

—La abuelita tenía muy buena renta... sólo que, claro...

—¿Hizo alguna locura?

—¡Nada de eso! Fué el Estado quien la hizo por ella.

Las aventuras del día habían fatigado más que de costumbre a François y fué cuestión de minutos para él encontrarse tendido en la cama. Permanecía allí con los ojos abiertos mirando al techo con una expresión de hombre iluminado.

—¿En qué estás pensando? — le preguntó Annette mientras se arreglaba para acostarse —. ¿En una mujer.

—Te aseguro que me basta con la que tengo.

—Entonces... ¿en qué pensabas? ¡Tenías una sonrisa de triunfo!

—Annette, debo decirte que... tengo un secreto.

—Seguramente que has hecho algo malo.

—Jamás he tenido ocasión de hacerlo... — dijo François con su original mímica.

—¿Entonces? ¿Qué?

—Entonces... no te lo digo. Eres demasiado habladora.

—Si no me lo dices... me arrojaré al río.

—¿Lo has hecho alguna vez?

—Te prometo que seré una tumba. ¡Dime! Anda... no seas malito, dímelo.

—Te lo diré, pero que quede entre nosotros... — dijo el marido bajando la voz, como si temiera que le oyeran los demás habitantes de la casa.

—Ya sabes que sé guardar un secreto.

—Tú conoces el camino que pasa por delante de la torre?

—¡Claro!

—Pues se va a convertir en carretera real.

—¡De veras! Y entonces ¿qué ocurrirá? — preguntó Annette no compartiendo el entusiasmo de su marido.

—¿No atinas en ello?

—No, en absoluto.

—Esta casa... esta pensión, va a ser una mina de oro.

—¿Sí? ¿Por qué?

—¿Quieres que te enseñe el plano?

François cogió un rollo de papel que tenía en la mesita de noche y lo extendió encima de la cama.

—¿A ver? — dijo Annette.

—Toda la circulación pasará por delante de esta casa... Una publicidad inteligente, bien dirigida, por mí, naturalmente. Aquí atenderemos a los autos y a los estómagos. Sombrillones en el jardín, Angélica en la terraza sirviendo, José en el garage, la

abuela en la cocina y tú... no se dónde te pondremos. ¡En mis brazos!

François abrazó cariñosamente a su mujer.

—Pero yo me pregunto ¿dónde, cuándo ocurrirá todo esto?

— dijo Annette no muy convencida por el entusiasmo de su marido.

A N G E L I C A

Angélica,
la de sonrisa angelical,
la de mirada celestial,
de ti me enamoré
y mi amor ha de ser
un amor inmortal...

Angélica,
con el alma enamorada,
quiero cantar
para ti mi serenata.

Ni las estrellas que hay en el cielo
son más hermosas que tú;
por tus encantos tengo clavados
mis sentimientos en cruz.

Angélica
abre un poco tu ventana,
que quiero ver
la hermosura de tu cara.
Me enamoré de corazón
cuando te vi,
y es para ti
mi canción enamorada.

Angélica...

Una voz agradable de hombre interrumpió el idilio del matrimonio.

—¿Qué ocurre? — dijo François sentándose en la cama para escuchar.

Una sonrisa iluminó su feo semblante.

—Es José que está dando una serenata a Angélica.

François había acertado.

José no podía dormir pensando en Angélica y ella también estaba interesada en el nuevo huésped. Salió él al jardín, iluminado poéticamente por la luna, y adivinando cual era la ventana de la habitación de Angélica, empezó a cantar. En seguida

se dió ella cuenta de lo que se trataba y en pie detrás de las contraventanas escuchó aquel canto que le dirigía el enamorado mozo.

La canción despertó a todos, pero todos guardaron silencio y por fin con las últimas notas de aquella balada renació la calma en la Torre San Cristóbal.

La mañana amaneció clara y todo el mundo parecía satisfecho cuando acudió a desayunar.

La señora Rossetti dió los buenos días a José.

—¿Está usted contento aquí, señor? — le preguntó la amable anciana.

—Muchísimo, señora —, contestó José pensando en Angélica.

Paul también había descendido de su habitación para la primera comida del día. Saludó en general y luego se dirigió a José.

—Si a usted le es lo mismo — dijo el bohemio —, preferiría que no cantase usted por la noche... Tengo el sueño ligero.

—Igual que el portamonedas —, interrumpió Annette entrando en la habitación.

Paul acusó el directo con estoicismo atacando el panecillo que le habían servido con el café con leche.

—¿No baja la señorita Angélica? — preguntó impaciente José al no ver aparecer su adorado tormento.

—Está en su habitación, dando lección de baile —, dijo la abuela.

—Sí, con su profesor — añadió Annette.

—¡Ah! — se limitó a decir José, algo contrariado.

En la habitación de Angélica se oía la voz recia del profesor explicando la lección, mientras ella vestida de bailarina, escuchaba muy atenta.

La música acompañaba los pasos de Angélica cuyos pies trenzaban un delicioso baile. Su gracia resaltaba extraordinariamente con los movimientos de la danza. ¡Era la figura ideal para el ballet! Parecía que volaba de un lado a otro de la habitación que gracias a su presencia se convertía en un diminuto teatro de cámara con una sola «prima ballerina». Siguiendo sus movimientos se descubría un bonito aparato de radio de donde salía la voz que todas las mañana daba clase de baile a la joven y agraciada Angélica.

—La lección ha terminado — se oía a través del altavoz —.

El maestro Jellicot, les dá las gracias y las convoca para mañana a la misma hora.

François estaba en el comedor hablando con José. Le había cedido, que digamos, su empleo de camarero, pero el mecánico no sabía nada de como se sirve al cliente, de la misma manera que François no sabía una palabra de mecánica.

—Te daré una lección. Vas a ser camarero y no conoces el oficio. Recuerda que las propinas son una cuestión de psicología. ¿Sabes cómo me llamaban cuando trabajaba en Pigalle?

—No... — dijo José.

—El pirata del café con leche.

—¡Tiene gracia!

—¿No me crees? Vamos a hacer un ensayo. Traéme una consumición, ya lo verás.

José cogió lo primero que encontró en la mesa y distraídamente derramó la sal.

—¡Oh! — exclamó aturdido.

—¡Cuidado! — casi gritó el supersticioso François —. Quien derrame la sal, pronto se verá muy mal. Esto es lo que dice el viejo refrán. Venga, prosigamos. Trae el servicio.

François se sentó en la mesa en actitud de cliente.

—¿Cuánto es camarero? — preguntó el excamarero.

—Son cien francos, señor —, respondió José.

—Muy mal. No digas nunca una cifra redonda.

—Bien, sesenta, señor —, corrigió José.

—Déjame cien francos para ilustrar el ejemplo.

José sacó la cartera y entregó un billete a su amigo.

—Tome, cien francos y devuélvame el cambio —, dijo François todavía en su papel de profesor y cliente.

Entonces vino la lección explicativa.

—Tú nunca has de tener cambio ¿comprendes? Siéntate y te enseñaré cómo se hace. Señor, son ochenta francos.

—Tome, aquí tiene cien —, dijo José sacando otro billete de cien francos.

—Muchas gracias, señor, muchas gracias — dijo François metiéndose el billete en el bolsillo —, acto seguido acompaña al cliente hacia la puerta mientras dices: ¡Hace un día espléndido, y das media vuelta.

—Sí, pero... ¿y si te llama?

—Vuelves y entonces sólo es cuestión de pupila ¿comprendes?



LUIS MARIANO
Protagonista de la película «Fandango»



—¡La bomba de agua! ¿Quién le ha dicho que la sacara?



—¡Bienvenido a nuestra casa!



—Es usted muy gracioso.



—Al cliente hay que sugestionarle.



— ¿Dónde se habrán
metido los dos?



— ¡Ya va! ¡Ya va! ¡Ya
va!



La terraza de la Torre San Cristóbal siempre se veía atestada de clientes.



François piensa en desviar el tráfico de la carretera real.



—¿De dónde habrá salido este billete?



—¡Dos cubiertos!



— La llevaré donde usted quiera.



— Tu verás cómo nos abrimos paso.



José, estrella del espectáculo del «Splendide» ve a Angélica entre la concurrencia.



José detrás del mostrador del «Splendide» cantaba alegramente.

des? Al cliente hay que sugestionarle, si le sabes seguir la corriente todavía le sacarás más... y si va con una «ciudadana», entonces le sacas lo que quieras. Mira, un cliente, ve a atenderle.

Tal como había anunciado François, Angélica apareció asomando la cabeza al recibimiento de la Torre San Cristóbal.

—¿Y mis doscientos francos? — preguntó José aludiendo a los dos billetes que había sacado para la lección.

—¡Qué hermoso día..., señorita Angélica! ¿Quiere ayudarnos? El joven estudiaba su papel para ejercer de camarero.

François supo elegir su momento, porque al aparecer Angélica a José se le olvidaron por completo los doscientos francos.

—Bien — dijo Angélica —, pero le prevengo que soy muy exigente, camarero.

—Señorita...

—¿Qué bebidas tiene?

—Lo que usted desee —, dijo José en actitud de servidor.

—Así, no hay que engolosinarlos, se habla siempre en términos generales. Aperitivos, alcohol, y citar con un deje de desprecio las consumiciones baratas como aguas minerales, naranjadas y horchatas. Además hay que hacer pasar el género viejo. Señorita — continuó François —, tenemos una especialidad, el coctel de la casa...

—¿Quiere hacer el favor de secar la mesa, camarero? — dijo Angélica en su papel de señora exigente.

—En seguida —, contestó José amablemente.

—¿Hace mucho que está usted en esta casa?

—No.

—Ya me parecía a mí... ¿Qué hora es?

—Tiene tiempo suficiente — contestó el alumno al camarero.

—Es que me espera un caballero muy celoso —, dijo Angélica sonriendo maliciosamente.

La señora Rossetti llegó precipitadamente a donde estaban los tres estudiando.

—Viene un cliente y parece de los buenos..., — dijo la señora muy esperanzada.

—No te muevas — dijo François —, y verás como trabajo yo. Un caballero alto, bien vestido, llegó hasta la puerta.

—¿Es ésta la pensión Torre San Cristóbal? ¿De la señora Rossetti?

—Sí, señor —, contestó François —. A sus órdenes. ¿Es para larga estancia?

—No señor — contestó el supuesto cliente —, es para cortar la corriente eléctrica, hace demasiado tiempo que no pagan.

Las palabras del forastero cayeron como plomo sobre todos ellos y José optó para marchar al bar donde estaban esperando sus servicios.

UN CAMARERO IMPROVISADO

José paseaba por la terraza del viejo bar donde hasta el día anterior François había prestado servicio. Un cliente solitario permanecía sentado ante una mesa, con aspecto paciente.

—Hace una hora que espero ese picón... cuando me lo traigan ya será un digestivo y no un aperitivo —, exclamó el buen hombre.

Corrió José a servirle y en aquel momento llegó un autocar en el que venía todo el cortejo de una boda, novios inclusive. Saltaron alegremente del coche y en menos de un minuto se habían ocupado todas las mesas de la terraza. José y el amo del bar no daban abasto sirviendo a todos y muchos se quejaban de la lentitud del servicio.

—Un coñac —, gritaba un vejete.

—Dos cafés con leche —, decía la esposa regordeta de un anciano.

—No puedo servir a todos a la vez. Aquí está el ron, señor.

—¿No oye usted lo que le han pedido? — decía el amo a José —. ¿Usted era el que servía en Montecarlo?

—Hace una hora que espero —, gritaban de otra mesa.

Los novios iban a ocupar su sitio en una mesa más grande.

—¡Viva la novia! — gritaban los invitados.

—Tengo mucha sed —, se lamentaba uno.

—¡Hace calor! —decía otro.

Aquella terraza era un hormiguero. Jamás había visto el propietario a tanta gente en su casa.

—Siéntense, señores... ahora les serviremos a todos;

—Sentémonos... ahora nos traerán bebida —, exclamaban.

—Si pudiera quitarme el velo —, dijo la novia.

—No querida — contestó el flamante marido —, no estaría bien.

—¡Camarero! Un té ligero para mi marido y para mí... ¿No se encuentra bien? — preguntó la señora a su vecina de mesa.

—Sí, sí — contestó la otra —, pero yo tomo el té con limón, quiero decir con leche.

—¡Muy bien! — exclamó José —, tres tés con leche.

No, dos con leche y uno con limón.

—¡Camarero! — gritaba otro a todo pulmón.

—Sí, sí, ya va... y ¿usted, señora? — preguntaba José.

—Gracias, no deseo nada.

—¡Camarero! ¡Venga! ¡Que estamos esperando!

Los novios parecían estar ajenos a todo aquel bullicio.

—Oye — dijo el novio —, y... ¿si aprovecháramos ahora que están todos distraídos para marcharnos?

—A mamá no le haría mucha gracia... ¿qué diría la gente?

—¡Camarero!

El padre de la novia estaba perdiendo la paciencia.

—A ver si se acerca este camarero; venga hombre, no lo vamos a comer, ya se nos ha pasado el hambre. Anote: ocho medias tostadas, que son cuatro enteras... dos diablos con menta, un cuarto de Vichy, un anís, tres chartreuses verdes y uno amarillo...

—La casa tiene una especialidad... — insinuó José.

—¡Ah, sí! Pues no la queremos, sirva lo que he pedido... y a la carrera.

En realidad José no daba pie con bola, iba de un lado a otro tomado pedidos y sin servir nada.

—¿Qué le pasa? — le gritó el amo —. Está como atontado... si sigue sirviendo así acabaré por hechar de menos a su amigo..., a François.

—Allá voy, señor...

Mientras José pasaba por todos estos apuros los de François en el garage no eran menos. Para distraerse o para aturdirse, cantaba: ¡A un mal gato un mal ratón! Decir esto y saltar un gato negro de detrás del coche y oírse el klaxón fué instantáneo.

—¿Quién ha tocado el klaxón? — preguntó el amo del garage.

—El gato — contestó François con su natural aplomo.

—¡El gato! ¡Oiga! ¿Se está usted burlando de mí?

—Le aseguro que no, ¿no ha visto saltar el gato?

—¡Está bien! ¿Le falta mucho aún?

François salió de debajo del coche.

—Ya hubiera terminado, pero hay unos tornillos que no entran, dos piezas que sobran y no sé dónde ponerlas... Es escandaloso lo mal que trabajan los constructores de autos.

—¿Y puede andar el coche? — preguntó el garagista.

—Tanto como andar, ¿le diré? Por más años que lleve uno en la mecánica, nunca sabe bastante. Como andar, no anda, pero vea cómo salta.

Puso François el coche en marcha y empezó a traquetear de una manera atroz.

El semblante del amo amenazaba tormenta, como así el cielo que estaba cada vez más oscuro.

En el bar continuaba la algarabía con el cortejo de la boda.

—Una ronda de café para todo el mundo — anunció el padre de la novia —. Pero no del nacional ¿eh?

—Bien, señor — contestó José —, lo habrá para todos.

Se oyó un trueno en la lejanía. —

—¿Qué es esto? — preguntó el que había invitado.

—Truenos, señores — anunció José.

Empezaron a caer unas enormes gotas que se sucedieron rápidamente y pronto fueron cántaros de agua lo que caía del cielo. El cortejo echó a correr para refugiarse en el autocar que una vez cargado el pasaje se puso en marcha. Los truenos continuaban, la tormenta era cada vez más amenazadora. Salió el amo del bar y vió la terraza desierta y en las mesas los restos de las consumiciones que se habían servido.

—¿Dónde están? — preguntó alarmado a José.

—Se han ido... la lluvia les ha echado.

—Y tú también te vas a ir, pero sin cobrar...

—Eso no, de ninguna manera, yo he servido, he trabajado.

—¿Y todo esto? ¿Crees que todo el mundo va a beber a costa mía?

El amo se retiró en la casa porque no era posible discutir con aquella lluvia que calaba y José se entretuvo en bajar el toldo mientras entonaba una canto a la lluvia.

LA LLUVIA

Cuando llueve todo es alegría
en el campo como en la ciudad,
hay en todo un poco de poesía
y las flores se abren sin tardar.

Cuando llueve brillan los caminos
y los bosques cambian de color,
con la lluvia a veces los destinos
se confunden en un tierno amor

No sé qué de embrujo y aventura
tiene el gris que anuncia el temporal

Cuando llueve viene de la altura
un mensaje casi celestial,
y es hermoso contemplar la lluvia
con su dulce canto de cristal.

DOS HOMBRES CESANTES

La carretera aparecía cubierta de pequeños charcos de agua
y por ella andaban dos hombres jóvenes. La lluvia había cesado
y el cielo empezaba a despejarse. Eran José y François los que
iban platicando amablemente.

—Créeme..., en la desgracia se conocen los amigos... Sólo
temo volver por lo que me dirá Annette. Que en dos días me
hayan despedido dos veces, me parece que considerará que es
demasiado.

—Pero no ha sido culpa tuya — le dijo José.

—El debut tenía que ser así — explicó François acompaña-
ñando sus palabras con muchos ademanes —. Esta mañana una
liebre atravesó la carretera delante de mí. Esta tarde un gato
negro tocó el klaxon y luego esta borrasca.

—Sí, a mí la borrasca y la lluvia me inspiran..., pero en cuan-
to a suerte, parece que no me traen mucha. Cada vez que canto
me ocurre algo malo.

—Después de la lluvia sale el sol, amigo José. Tengo una
idea...

—¡Ah, sí! Pero si es como la de ayer..., gracias, no me bus-
ques más empleos.

—No, no. Vamos a trabajar los dos y cada uno en su oficio... en la propia torre de San Cristóbal. La abuelita es muy buena..., ¿verdad?

—Sí — asintió José, recordando que era la abuela de Angélica.

—¿No te gustaría trabajar con la abuelita?

—¿Por qué no? — replicó entusiasmado.

—¿También con el pintor?

—Hombre..., sí.

—¿Y con mi mujer?

—Sí.

François se echó a reír.

—¡Qué reservado eres... ¡Haces bien en ser discreto! Antes de un mes, ya verás, por delante de la Torre San Cristóbal pasará todo el tráfico rodado, harán alto en la torre y comerán en casa. ¿Ves este camino? Nuestro camino... este sendero que pasa por encima del puente que enlaza con el otro trozo de carretera... Pues bien, día vendrá, y no está lejano, que se convertirá en el camino de la fortuna. Ven ayúdame... ¿Lo ves? Se hace así.

Ante el camino del puente, o sea el que pasaba por delante de la Torre San Cristóbal, había una valla en la que aparecía un letrero con la siguiente leyenda:

CARRETERA INTERCEPTADA
Obras - Peligro

François, ayudado por José, separó la valla que interceptaba su camino y la emplazaron en el centro de la carretera real. En esta forma desviaban el tráfico hacia el puente y como éste en realidad estaba averiado, los coches tenían que detenerse forzosamente.

El plan de François consistía en que los coches se atascaran allí y mientras José realizaría la extracción del auto y nuevo puesta en marcha, los viajeros comerían plácidamente en la torre. El plan no estaba mal y dió más buen resultado de lo que François esperaba.

A José tampoco le pareció mal y los dos amigos pusieron manos a la obra inmediatamente. La valla quedó situada en la carretera real y al poco rato apareció un auto conducido por

una bonita rubia, con otra igual a su lado, que no sabían qué dirección tomar.

—¡Eh! ¡Eh! — gritó José —. Cuidado con la carretera que toman.

—No te apures — dijo François en voz baja —, ya las ayudaremos. ¡Vaya una par de rubias!

Se trataba de dos chicas muy parecidas, a lo mejor eran gemelas, que conducían un coche descapotado. Tomaron el camino del puente y a los pocos metros el auto quedó atascado.

—¡Podías mirar un poco delante de ti! — dijo una de las rubias.

José y François se acercaron al coche.

—Cuando hay un puente en mal estado — observó José —, deberían poner un aviso.

—Saben ustedes lo que ocurre. Este puente es de lo que se llama, lomo de asno — explicó François —; nosotros tenemos un carrito con un asno, por esto pasamos bien. Nuestro asno pasa por encima de otro asno, en cambio ustedes vienen aquí con su cuarenta caballos, se rompe la proporción y...

—¡Ah! Pero cuando ésta sea la carretera real... — dijo José —, ya cambiarán las cosas.

—Bien, ¿nos ayudarán a salir de aquí o qué?

—Son ustedes muy parecidas.

—Somos gemelas

—¡Ah! Déjeme usted mirarlas.

—Deberían ustedes bailar en un club nocturno — dijo José.

—Por lo visto hasta aquí no ha llegado nuestra fama, somos las Hermanas Violeta. ¿No han oído este nombre? ¿Qué es lo que tiene el coche?

—Pronto estará arreglado — dijo José que estaba mirando las ruedas.

Una de las muchachas había bajado del auto mientras los dos hombres intentaban sacarlo del atasco. La joven que paseaba, dió un grito.

—¡Ay Dios mío! ¿Qué me ha pasado?

—¿Se ha hecho usted daño? — preguntó José.

—No, pero se ha roto el tacón de mi zapato.

—Más vale el tacón que el tobillo. Llévala a la torre, José, y durante el trayecto no te marees con el perfume de violeta.

La rubia se echó a reir.

—Es usted muy gracioso — le dijo.

—Se hace lo que se puede, señorita.

José había cogido en brazos a la rubia del tacón roto y en esta forma la trasladó a la terraza de la torre.

En el comedor estaban reunidos Angélica, Paul y Annette.

—¿Dónde se habrán metido los dos amigazos? ¡Quisiera saber qué asuntos maquinan en sus cabezas! — exclamó Annette de muy mal humor.

—Habrán salido tarde del trabajo — se creyó obligado a decir el pintor, para calmar un poco la situación.

—Le prohíbo que los defienda — dijo Annette muy seria.

—Bueno, bueno —, repuso Paul temiendo que le tocaría la de perder.

Angélica intervino con su suave voz.

—Deberían pensar que nos gustaría saber cómo les ha ido el primer día de trabajo.

—Temo que no muy bien — insinuó sarcástico el existencialista.

—Le prohíbo que hable mal de ellos — saltó nuevamente Annette.

—Si toma usted las cosas así, no sé qué es lo que vamos a hacer... yo me voy — declaró Paul levantándose y abandonando la mesa.

—Yo no le retengo — replicó Annette —. Retiro los platos cuando vengan que coman como puedan.

En menos de un minuto Annette había levantado la mesa. Angélica se dirigió a la ventana.

—¡Vaya una escena! — exclamó la nieta de la señora Rossetti.

—¿Qué ocurre? ¿Vienen ya?

—Veo a uno.

—¿El mío? — preguntó curiosa Annette.

—No... es José.

Angélica no veía visiones, sino a José llevando en brazos a una de las hermanas Violeta para depositarla en una silla de la terraza.

—¿Está usted cómoda así? — preguntó José muy galante.

El semblante de Angélica era revelador.

—Parece que lo que ves no te hace mucha gracia — dijo Annette asomándose a la ventana para llegar a tiempo de ver cómo

François aparecía con la otra rubia y los cuatro se sentaban alrededor de una de las mesas de la terraza.

José llamó en voz alta para que les sirvieran.

—¡Cuatro ajenjos con hielo!

—No — interrumpió la rubia que había perdido el tacón —. Prefiero tomar champaña... Además, comería algo. Tengo las manos sucias y quisiera lavármelas... Han sido ustedes tan complacientes.

—Está bien. Cambiamos el pedido... una botella de champaña y cuatro copas, ordenó José.

—Esta champaña es buena, ¿verdad? — preguntó François a su mujer como si fuera una desconocida.

—Sí, señor — contestó ella.

—Tenemos que irnos — dijo una de las rubias, después de la primera copa.

—¡Ya! exclamó — José sorprendido.

—Un minuto — dijo François —, tengo que componer el tacón de la señorita.

François dió muchos golpes y creyó haber clavado bien el tacón.

—Bien, ya está listo — dijo. Pero al levantar el zapato el tacón quedó encima de la mesa, ante la risa de todos —. Mi habilidad me ha abandonado.

—Guárdelo como recuerdo... Bien, mi caballero y servidor ¿quiere darme su brazo para bajar la escalera?

—Sí, pero espero que me lo devolverá — contestó José ofreciendo su brazo a la rubia que cojeaba a causa del zapato.

—¡Hasta la vista, simpático François! — dijo la otra.

—¡Hasta la vista, casta Susana!

Annette se presentó en escena.

—La cuenta — dijo y la ofreció a Susana.

—No, déjelo — terció François —, la ronda ha sido mía.

—¡Muy bien! Ahora lo comprendo... champaña, mi ronda... ¡Ah, idiota!

El cuarteto llegó al puente donde había quedado estacionado el auto.

—No estamos muy lejos. Vamos a la temporada de Monte-carlo en el «Splendide» explicó Susana.

—¿Al «Splendide»? ¡Magnífico! — exclamó François entusiasmado.

—Si necesitan ustedes algo, vengan a vernos al escenario.

—No faltaremos —, dijo François.

—Ahora nos vamos, hemos perdido mucho tiempo aquí. ¡Hasta la vista!

Subieron las dos gemelas al coche, lo pusieron en marcha y con otro afectuoso ¡hasta la vista! desaparecieron por la carretera.

—Annette les esperaba en la terraza.

—¡Hasta la vista! — exclamó en cuanto apareció François.

—¿Qué te ocurre? No te pongas así —, dijo el marido muerto de miedo.

—Con que — esta es mi ronda —. Ya voy yo a darte a tí una buena ronda...

—Me parece que puedo disponer de mi dinero ¿no?

—¿Qué dinero? El de la abuela... tú las has invitado.

—Escucha... tengo la paga de la semana.

—¿La paga de la semana? ¡Sí has empezado hoy a trabajar!

—Sí, pero es que... sabes... la mecánica y yo no estamos de acuerdo.

—¡Ah! ¿Con qué esas tenemos? ¡Anda, sigue!

—¿Por qué? — preguntó el marido escamado.

—Porque nosotros dos tampoco estamos de acuerdo.

—Te aseguro que yo...

Annette sirvió una buena sesión de gritos a su marido; le hizo entregar todo el dinero que llevaba encima y luego sin que la vieran, lo escondió en el nicho detrás del retrato de novios.

UN PUENTE DE ORO

Después del disgusto entre marido y mujer se retiraron a descansar y Annette fatigada del trabajo del día pronto quedó profundamente dormida. Despertó al cabo de unas horas sorprendiéndola no ver a François a su lado. Se acordó de repente de las palabras que habían tenido a causa de la rubia y temió lo peor. Se puso una bata precipitadamente, salió al jardín y no vió a nadie. Salió de la casa y en el puente descubrió a su marido junto al hoyo donde se había atascado el coche de las rubias.

—¿Qué haces? — exclamó ella alarmada, pero satisfecha al encontrarle sano y salvo.

—¡Oh, Annette! ¿Eres tú? ¡Me has asustado!

—Tú eres el que me ha asustado a mí, si... me imaginaba, no se qué... Un acto desesperado... Sentía remordimiento por haberte hecho aquella escena...

—¡Ah, sí! Puedes tener la seguridad de que me ha dolido mucho.

—¿Mucho?

—Sí, después de todos los malos augurios que me han ocurrido durante el día. ¡Oye!

Se oía el grito monótono de un mochuelo.

—Esto me faltaba, un mochuelo para acabar de arreglarlo todo.

—No te preocupes por esto, pingüino mío, mañana amanecerá y no se oirá el mochuelo.

—¿Lo crees así?

—Sí, pichoncito mío. ¿De modo qué saliste así... al azar?

—Sí nenita, al azar. Annette, tengo que decirte algo.

—¿Referente a aquella mujer?

—No empieces con eso otra vez. No fué al azar, por lo que salí hasta aquí hace un rato.

—¿Esperabas a alguien?

—¿Sí?

—¿Una violeta?

—No, esperaba la providencia.

—¿Es alguna compañía de seguros?

—No. ¡Es el destino!

—Explícate mejor, porque no comprendo nada.

—¡Mira esto! La providencia me ayuda... y yo ayudo a la providencia.

—¿Y qué es lo qué haces? ¿Un agujero en el puente? ¿Es para pescar?

—Sí, será para pescar... para pescar clientes.

A la mañana siguiente François volvió a correr la valla que decía:

a través de la carretera real, dejando despejado el paso del puente. Luego él se escondía detrás de unas matas desde donde veía venir los coches y los ocupantes que llevaban. Hacía una seña a su mujer, o gritaba: ¡Dos cubiertos! Segundo los que iban en el coche.

La cocina y la señora Rossetti era un hormiguero y no daban abasto a servir comidas, pues los autos se atascaban en el puente, bajaban sus ocupantes y mientras José reparaba los coches y los sacaba del hoyo, ellos comían y pagaban.

La terraza de la Torre San Cristóbal siempre se veía atestada de clientes y parecía que los días de penuria habían terminado para todos los habitantes de la torre. El procedimiento empleado por François ciertamente no era muy honrado, pero hasta la fecha no se había lamentado ninguna desgracia personal. Los fajos de billetes detrás del retrato de novios iba en aumento todos los días, y esto tan solo de lo que se ganaba Annette. Todos estaban radiantes, pero José no tenía el temperamento de su amigo y temía que aquella abundancia traería algún disgusto.

Mientras tanto él seguía tan enamorado de Angélica, como ella de él, aún cuando no se habían dicho una sola palabra de amor.

—¡Ahora si que podemos decir que tenemos un puente de oro! — exclamó François satisfecho al final de la jornada.

Luego se dió cuenta de que José estaba escribiendo.

—¿Qué haces muchacho? ¿Escribes tus memorias?

—No... escribo a la Prefectura para que vengan a arreglar el puente.

—Y eso ¿qué puede importarte? — preguntó François alarmado.

—¡Qué puede importarme? Si yo viniese aquí con un auto no me gustaría mucho cruzar este puente.

—Dame la mano, chico...

—¿Para qué? Ya te dí los buenos días por la mañana.

—No quiero los buenos días, sino felicitarte por los buenos sentimientos que acabas de demostrar. Dame esa carta.

—¿Para qué?

—Se la daré al cartero y como es amigo mío la mandará en seguida.

—Voy a la feria y se la daré yo mismo, en la ventanilla.

—No hombre, no. Dame la carta, ya la cursaré yo.

—Toma, como tú quieras.

François se hizo cargo de la carta y esta jamás llegó a su destino, con lo cual pensó haber solucionado el problema y satisfecho los escrúpulos de José.

Este se había retirado a su habitación para cambiarse de ropa y arreglarse con vistas al paseo que iba a dar por la feria. Le pareció que alguien llamaba a su puerta.

—¡Adelante! — dijo.

Se abrió la puerta y apareció la señora Rossetti.

—Si me permite, tengo que decirle dos palabras.

—Por favor, siéntese usted —, dijo presuroso José acercando una silla.

La abuela de Angélica tomó asiento.

—Gracias... desde hace un mes, hay algo que no marcha bien en esta casa y hace un mes que está usted aquí. Tiene usted el aspecto de ser un muchacho bueno y honrado...

—Gracias, señora dijo José —, sin atinar a donde iba a parar aquel prólogo.

—¡Ah! No me dé las gracias, porque si es usted un muchacho bueno y honrado, tiene que marcharse.

Estas palabras fueron como un martillazo en la cabeza de José.

—¿Marcharme?

—Sí, antes de que sea demasiado tarde. Angélica es muy joven y muy romántica... como lo fuí yo a su edad, y el primer chico guapo que ha venido le ha trastornado la cabeza.

—Me parece que exagera usted, señora Rossetti.

—No se puede jugar con el amor, se lo aseguro, José... Es algo muy serio.

—Yo también soy un hombre serio, señora.

—Sí, pero no tiene usted posición para casarse.

—Lo comprendo... pero para un joven actualmente, la vida... es muy difícil.

—La felicidad es algo que hay que merecer... Cuando un hombre ama verdaderamente a una mujer, siempre logra crearse un porvenir... Trabaje y vuelva a vernos.

—Sí... pero ¿cree usted que Angélica...?

—¿No lo cree usted también? A mí con verla me basta. Ella miente como mentía yo a mi madre. Nada es más hereditario

que la manera de mentir. Creame, cuanto más pronto se marche, mejor.

—Sí, pero... ¿podré estar aquí hasta mañana? Le había prometido acompañarla a la feria.

—Si, pero se marchará usted sin declararse.

—Se lo prometo... me iré.

La señora Rossetti se levantó dando la conferencia por terminada y salió de la habitación. Ya estaba en el corredor cuando se despidió de José.

—Confío en usted —, dijo la anciana.

—Sí, pero volveré.

—Un joven me dijo estas mismas palabras cuando yo tenía diecisiete años. Cuando me casé tenía veinte... y nunca me arrepentí.

La abuela de Angélica era una mujer que estaba en todo. Había hecho lo que entendía que debía hacer acerca de José y al dejarle se fué a ver al pintor. Este se encontraba en el jardín admirando el panorama. La anciana se acercó a él.

—Ya lo sé, ya lo sé, señora Rossetti... estoy apenadísimo de no poder pagarle lo que le debo, me cuesta mucho tener que decírselo...

—Tengo que pedirle una cosa —, le dijo ella.

—Seguramente le cuesta menos caro que a mí, pero no se trata de esto ahora. ¿Podría hacerme un favor?

—Encantado de poder servirla en algo, señora.

—Usted irá a la feria... y no perderá de vista a mi nieta y a su acompañante. Creo que esta misión no le desagradará.

—Señora... no vaya usted a creer...

—No creo nada, sólo le pido un favor a usted. Ya sé que ella no le ama.

Angélica se vestía para ir a la feria, paseo que esperaba con verdadero gusto porque era en compañía de José.

—Es curioso —, decía Angélica, desde que el puente está roto, no cesan de llegar coches. ¿Qué te parece a tí, Annette?

—No sé...

—Acabaré por ser como tu marido... me volveré supersticiosa.

—No sé...

—Me sabe mal tener que dejarte con tanto trabajo, para ir a divertirme.

—No te preocupes por mí...

—Fué en una feria donde conociste a François ¿no?

—Sí. Fué en la feria de las rosquillas. Me compró un cerdito precioso con mi nombre escrito... nos hicimos una foto en un avión... y ¿a qué no adivinas dónde fué que me besó?

—¡No atino!

—En el tren fantasma.

—Lástima. Donde vamos no hay tren fantasma, sólo tío vivo.

—No te apures, cuando queremos que nos besen... sobran los trenes fantasmas.

Salieron José y Angélica de la torre para dirigirse a la feria, seguidos a cierta distancia por Paul, quien se había llevado uno de sus ridículos cuadritos para taparse el semblante cuando fuese necesario para que la pareja no le viera.

—Me siento tan feliz —, dijo Angélica —, pero a usted le veo triste ¿qué le pasa?

—¡Angélica!

—Sí...

—Voy a tomar el tren esta noche.

—¿El tren? ¿Por qué?

—He decidido ir a buscar trabajo en la ciudad. Debo crear-me un porvenir.

—¿Cuándo ha tomado esta determinación? — le preguntó ella apenada.

—Hace tiempo que pensaba en ello.

—¿Tanta prisa corre?

—Sí.

La tristeza se había apoderado de ambos y seguían distraídos por la feria preocupados por su problema.

—Ahora me marcharé —, dijo José cogiendo del brazo a Angélica —, y muy pronto volveré para ver a su abuelita.

—¿A mi abuelita?

—Es buena y cariñosa... tendré muchas cosas que contarle.

Esto para Angélica equivalió a una declaración y renació la felicidad y la ilusión. Iban de una parada a otra de la feria, cuando alguien les detuvo.

—¡Señorita Angélica! Ya no se acuerda de mí. Gastón Fleur... y a usted también le conozco... usted es el mecánico cantante. He venido a recoger mi coche, espero que estará terminado, les he dado bastante tiempo.

—Supongo que sí —, contestó José.

—¿Saben ustedes dónde voy? A la Torre San Cristóbal, venga que les acompañaré.

—No — dijo Angélica —, tenemos que subir al tío vivo.

—Desconfíe de los tíos vivos — dijo Fleur —, ¡Angélica! Es la flor del Mediodía.

Les dejó Fleur para dirigirse al garage en busca de su coche y la pareja subió al tío vivo. En un caballo, a su espalda, iba montado Paul el pintor, tapándose el semblante con su cuadro. Hasta el momento no había perdido de vista a los enamorados. Podría dar un informe perfecto de sus pasos a la señora Rossetti.

Mientras los futuros novios daban vueltas en el tío vivo la cabeza de François daba muchas más vueltas. Había llegado un inspector de obras públicas a inspeccionar el puente. François no había echado la carta al correo pero alguno de los perjudicados había denunciado el estado de aquel paso.

François les había visto venir y suponía que eran otros tantos turistas y Annette había salido a recibirlas. Cambiaron con ellos unas palabras y les anunciaron que a la semana siguiente mandarían una brigada a reponer el puente. ¡Esto significaba que la mina de oro de la Torre San Cristóbal se había secado!

El matrimonio quedó comentando el caso. El que se sentía más culpable era François, ya que la idea maquiavélica de cambiar la valla de sitio había sido suya exclusivamente y los demás no hacían más que seguir la corriente. Se oyó el ruido de un auto que venía a toda velocidad.

—¡Alto! — gritó François —. ¿No saben que el puente está en mal estado?

Se detuvo el coche y del asiento posterior saltó Angélica, luego José y finalmente el conductor puso pie a tierra.

—¿Qué pasa? — preguntó Angélica al ver las caras largas de sus parientes —. Aquí traigo un nuevo cliente.

—Pero, si a usted le conozco — dijo Fleur —. Es usted el hombre de la herradura.

—Por favor no hable de eso, señor, hoy no, se lo suplico que tenemos un mal día.

—Venga, señor — dijo Annette al señor Fleur —, la preparamos la mejor habitación de la casa, ya verá...

—José se marcha —, dijo Angélica a François.

—¿Es cierto que te vas? — preguntó su amigo.

—Sí —, contestó triste.

—Se marcha a la ciudad —, explicó Angélica.

—Tengo un proyecto... y por eso me voy, por eso os dejo a todos...

—¿Y vas a marchar sin mí? ¿Sin tu amigo? Vamos, yo te acompañaré.

—No me atrevía a proponérte lo... tu mujer... la abuela...

—¿No irás a dejarnos tú también? — dijo Angélica,

—Naturalmente, no puedo quedarme aquí. ¿No sabes lo que ocurre? Alguien a espaldas mías se divierte estropeando el puente. Han venido unos inspectores de obras públicas... y creen que somos nosotros los que...

Los dos amigos se pusieron en marcha decididos a buscar trabajo en Montecarlo. Iban muy animados y de momento paseaban alegres por las calles de la bella ciudad.

—Tú verás como nos abrimos paso —, decía el siempre optimista François.

Después de andar todo el día llegó la noche y no había manera de encontrar trabajo.

—Oye tú, ¿no es en el «Splendide» dónde trabajan aquellas rubias... Las Violetas? — dijo François.

—Que feliz idea. Prometieron ayudarnos, caso de necesitarlas. ¡Vamos allí!

Se pusieron en marcha y no pararon hasta llegar al «Splendide» donde creyeron que se trataba de dos buenos clientes.

—Perdone, señor — dijo José —, ¿a qué hora actúan las hermanas Violetas? — preguntaron al encargado, que se encontraba frente al guardarropía.

—¿Las hermanas Violetas? No las conozco.

—Son dos bailarinas, gemelas —, dijo François.

—No deben bailar aquí, pero entren, las que van a contemplar son magníficas. ¡Señoritas! — dijo el encargado a las del guardarropía que se habían escondido tras unas cortinas —, hagan el favor de atender a los clientes.

—No, no pensamos entrar, sólo queríamos ver a las hermanas Violetas y si no trabajan aquí...

Las dos rubias salieron de detrás de la cortina. Allí estaban las hermanas Violetas, ¡encargadas del guardarropía!

—Dispense, señor encargado, pero estos dos señores no vienen para el espectáculo — dijo Susana —, vienen por nosotras. Tenemos que confesarle la verdad. El día que nos prestaron el

coche, conocimos a estos jóvenes y nos ayudaron a reparar una avería y entonces por seguir la broma les dijimos que éramos artistas de este club nocturno, que éramos las hermanas Violetas.

—¡Vaya! ¡Vaya! — dijo el encargado.

—¿Qué pensarán de nosotras? — preguntó Susana.

—Nada... ¡qué son encantadoras! — dijo José.

—No tiene importancia —, añadió François.

—Y pensar que hemos venido a pedirles trabajo... — explicó José.

—¿Están cesantes?

—Sí, los dos —, respondió José.

—Esperen —, suplicó Susana —. Señor Carlen, voy a presentarle a estos dos amigos, José y François, ¿no podría darles trabajo?

—¿Qué saben hacer? — preguntó un encargado.

—Pues... de todo — dijo François.

—¿Los dos?

—Sí señor... los dos.

—Bien... ya veré si encuentro algo para ustedes vuelvan mañana.

CAMINO DE LA PROSPERIDAD

Los únicos huéspedes de la Torre San Cristóbal eran Paul, el pintor existentialista, y Gastón Fleur, el enigmático Gastón Fleur. Ambos estaban en el jardín. El primero pintando el retrato del segundo.

—Me parece que por hoy ya hemos trabajado bastante —, dijo Paul —. Mañana volveré a molestarle.

—No estoy muy parecido ¿verdad? — dijo Fleur.

—Esto es cuestión de interpretación —, dijo el pintor con autoridad —. Perdone.. señor Fleur ¿no podría darme algo a cuenta del cuadro?

—Creo que es prematura —, contestó el astuto Fleur, y viendo llegar a Angélica, se dirigió a ella —. ¡Ah, señorita! Lle-

ga usted y el paisaje se ilumina, los pájaros cantan... ¿Está usted triste?

—¿Sabe si ya pasó el cartero? — preguntó ella.

—¿El cartero? — dijo Fleur —. Un idilio con el cartero... no se fíe...

—Ya pasó el cartero — dijo el pintor —, sólo había una carta para Annette.

Angélica fué a donde estaba Annette en la cocina. La encontró leyendo una carta.

—¿Sabes dónde están? En el «Splendide», ¿no te recuerda algo?

—No.

—Pues a mí, sí. Las hermanas Violetas. ¿Tampoco las recuerdas? Pues yo, sí. Prepararon bien el golpe... ya me pareció sospechoso el viajecito.

—¿Lo crees así? — preguntó Angélica que en realidad no sabía qué pensar.

Annette era más decidida y no descuidaba el negocio. Fué a encontrar a Fleur que ya llevaba algunos días en la casa y no había liquidado ninguna cuenta.

—¿Ha pensado usted en mi nota? — preguntó a Fleur.

—¿Qué nota? — contestó él haciéndose el loco.

—Hace tres días que se la entregué y no me ha pagado todavía.

—Ya le dije que esperaba un pequeño giro, es decir, un gran giro...

—Señor Fleur... le doy a usted cuarenta y ocho horas para que me pague la cuenta — dijo Annette resuelta y desapareció del comedor.

Fleur se encontraba en aquel momento sin un franco y andaba por el pasillo meditando cómo saldría de aquel atolladero. Se detuvo ante el retrato de los novios.

—¡Qué horror de mujer! ¡Sólo piensa en dinero! — exclamó Fleur mirando al retrato.

Al bajar la vista vió un papel en el suelo y lo cogió. Era un billete de banco. ¿De dónde habría caído aquello? Miró el retrato y se le ocurrió que pudiera ser un escondrijo. Hizo correr la mano alrededor del marco y encontró el resote que le puso al descubierto el tesoro de Annette. Sin perder instante, cogió

todos los billetes que habían allí, volvió a cerrar y se dirigió a su habitación. Por el camino encontró a Paul.

—Tome, aquí tiene el importe de su cuadro. Mil francos, ¿le parece bien?

—Me da usted dos mil...

—No importa.

—¡Veo que es usted amante de la pintura!

Luego llamó a Annette y le saldó la cuenta ante la estuporación de la pequeña avara.

—¿Ha recibido usted el giro?

—Sí, señora... y le participo que me marchó.

—¿Se va usted de verdad?

—Sí, aquí tiene el importe de la nota y mil francos más para que se compre un sombrero.

Annette no salía de su asombro.

—Muchas gracias, señor Fleur.

—Acuérdese de una cosa... el dinero no trae la felicidad.

¡Adiós!

José y François ya estaban colocados: en el bar del «Splendide». Era de mañana cuando José estaba cantando y arreglando la parte baja del mostrador.

François de pie y de espalda al bar arreglaba las botellas. El director del local oyó aquella voz y creyó que se trataba de François, al que llamó a su despacho.

—¿Dónde aprendió usted a cantar? — le preguntó el director.

—En la Escala — contestó él optimista.

—Pues a partir de esta noche, usted cantará en el salón.

—¡Oh, no! Es mi amigo...

—Bueno, no se preocupe de los demás... a su amigo le haré «maître». Ande, firmeme un contrato.

François cogió la pluma y mientras firmaba, decía: es mi amigo, es mi amigo...

—Déjese de su amigo, ya me ocuparé de él.

Más tarde François pudo explicar el equívoco y José pasó a ser estrella del espectáculo del «Splendide».

El señor Fleur preparó su equipaje y fué a recoger el coche al garage y allí encontró a Angélica.

—Señorita, me ha asustado usted. La busqué en todas partes para despedirme y no la encontré.

—Tenía que marcharme.
 —Yo también... qué casualidad...
 —¿Hacia dónde va usted, señor Fleur?
 —Hacia otros destinos...
 —Lléveme usted a Montecarlo — suplicó Angélica.
 —¿Montecarlo? No iba en esa dirección, pero, la llevaré donde quiera... aunque no debiera. Podrían creer que se trata de un rapto y su abuelita dará sus señas a la policía...

—Se lo agradeceré toda la vida — dijo Angélica.
 —¿Dónde vamos de Montecarlo?
 —Al «Splendide».

Al llegar al club «Splendide» fueron recibidos por François que desempeñaba el papel de «maître».

—¡Ah! Yo le conozco a usted. Es el camarero de la herrería — dijo Fleur con su habitual aplomo.

—«Maitre», señor, nada de camarero... y ¿qué hace usted aquí con esta señorita?

—La acompañó.

Fleur y Angélica pasaron al salón y tomaron asiento en una mesa frente al escenario donde estaba actuando José, rodeado de bailarinas cantando la canción de moda «Fandango».

FANDANGO VASCO

I

Cuando es la fiesta en Durango
 se oye en la plaza el Fandango
 siempre el buen vasco
 lo ha bailado así,
 con el «chistu» y con el tamboril.
 Porque si se ha declarado
 de una «nesca» enamorado,
 en el fandango tendrá la ocasión
 de llegar hasta su corazón

Estríbillo

Katalin, Katalin,
 Katalin, «maite a»,
 como te quiero yo
 el fandango dirá.

Ni yo me atreveré,
ni tú te atreverás;
por los dos el fandango hablará.

II

Es el fandango alegría
del monte, el puerto y la ría,
las tres provincias lo van a bailar,
si hay cualquiera que quiera tocar.
Y al vasco que va emigrante
le basta que alguien le cante
este fandango como una canción
en el vuelo del acordeón.

(Al estribillo)

José se dió cuenta al instante de la presencia de Angélica en la sala y la invitó con una mirada a que subiera al escenario. Artista ella por temperamento, subió al tablado y con toda naturalidad hizo el número con él ante la admiración y aplauso de la concurrencia.

Mientras tanto en la sala ocurría una escena extraña. Había entrado un inspector de policía y François se ofrecía para buscárle una mesa.

—No, gracias — dijo el agente —. Ya encontré una, y se dirigió a la de Fleur.

—¿Cómo está usted? — le preguntó el policía.

—Estoy bien, ¿y usted?

—¿No me reconoce?

—Verá usted... uno conoce a tanta gente — contestó Fleur empezando a desconcertarse.

—¿Cómo se llama usted ahora?

—Gastón Fleur.

—Antes te llamaban Tesancourt y tengo orden de detenerte hace seis meses, por aquel asunto de los cheques.

—¿Cuánto cree que me costará? ¿Seis meses?

—No lo sé... ahora todo está subiendo.

La conversación entre los dos hombres se llevaba en voz baja y nadie se daba cuenta del drama que tenía lugar en aquel momento.

—¡Vamos! — dijo el agente.

—¡Camarero! ¿La cuenta? — pidió Fleur.

—¡Aquí está, señor! — dijo François presentándola.

—Tenía usted razón, camarero, digo «maitre», la herradura no trae suerte.

—Ya se lo dije al señor hace tiempo — insistió François.

—Tome, le regalo mi cartera con todo lo que contiene... y las llaves del coche.

—¿Para qué? — preguntó François aturdido.

—La cartera, la pondrás dentro de la fotografía de tu boda.

—¿Y el auto? — murmuró el flamante «maitre».

—¡Bah! ¡Quédatelo! ¡Por lo que me ha costado!

—El señor es demasiado bondadoso.

—No tiene importancia, François.

—¿Y la cuenta?

—¿Cómo? ¿Encima de lo que te he dado, todavía quieres que te pague la cuenta? — dijo Fleur sonriendo con cinismo —. Eres insaciable, ¡toma!, uno de mil.

—Gracias, señor... hace un día espléndido hoy.

El policía empujó suavemente a Fleur hasta hacerle salir del establecimiento sin que nadie se apercibiera de que se lo llevaba detenido.

Un coche subía por el paso del puente. Annette salió a recibirlas.

—Los señores tendrán apetito... tenemos de todo, pescado al horno, té, café, cerveza... y un día encantador...

De los asientos posteriores del coche saltaron José y Angélica, François iba al volante, que abandonó para correr a abrazar a su mujer.

—¡Qué día más espléndido para dos que se encuentran! — dijo Annette.

—Mi Annette ¡cómo te echaba de menos!

José y Angélica cogidos del brazo asistían satisfechos a aquella reconciliación.

CANCIONERO

de  Editorial Alas

NUEVA EPOCA

JOSE MARIA
LOLA FLORES
ALICIA MUÑOZ
PEPE MARCHENA
ALFONSO GUERRA
JMAS DE ANTEQUERA
JOSE LUIS CAMPYO
IMPERIO DE TRIANA
MONIQUE THIBAUT
GRACIA DE TRIANA
IMPERIO ARGENTINA
REYES D'EL NORTE
MARGARITA SANCHEZ
MIGUEL DE LOS REYES
EL PRINCIPE GITANO
NIÑO DE ORIHUELA
HUGO DEL CARRIL
CARMEN MORELL
MANOLO SEVILLA
NIÑO ALMADEN
JUANITA REINA
MARIA ELVIRA
LA RIOJANITA
IRMA VILA
NEGRETE

RAFFLES
ANGEL SANZ
PEPE BLANCO
JUANITO PERA
CARLOS GARDEL
ANTONIO AMAYA
ANTONIO MACHIN
MANOLO CARACOL
LA GITANA BLANCA
NIÑA DE LA PUEBLA
JUANITO VALDERRAMA
CORALILLO DE GRANADA
LOS MEJORES CANTARES
¡VIVA EL FOLKLORE!
ANTONITA MORENO
HERMANOS VIANOR
CONCHITA PIQUER
CARDOSO (Tongos)
RAQUEL RODRIGO
CARMEN SEVILLA
GLORIA ROMERO
PEPITA LLACER
LOLA ALEGRIA
LOS PONCHOS
LUIS ARAQUE

GRAN KIKI
CANALEJAS
PEPE PINTO
EL SEVILLANO
PEPE VALENCIA
EMILIO MORENO
MARIO VISCONTI
MARY SANTACRUZ
FINA DE GRANADA
RAFAEL DE TAURIZ
PASTORA QUINTERO
CARBONERILLO DE JEREZ
IRENE DAINA (Trío de ~~aseso~~)
DORA LA ALGABAÑITA
JUANITO VALDERRAMA
TRES DE SANTA CRUZ
ANA M.^a GONZALEZ
MERCEDES CHACON
MARGARITA SIERRA
CARMEN FLORIDO
GLORIA ROMERO
JUANITO VARELA
ROSA LUCENA
OLGA RIVERO
LUIS RUEDA

NEGRETE
ARRIBA VA
BRONCE Y SEDA
CURRO LUCENA
TRIO CALAVERAS
5 ESTILISTAS CALES
ESTRELLAS DE LA RADIO
VOCALISTAS DEL JAZZ
ESTRELLAS DEL HOT
CUARTETO TROPICAL
5 ESTRELLAS CALES
ANTONIO MACHIN
TRIO CALAVERAS
IRMA VILA Y
IRMA VILA

PEPE BLANCO
PAQUITA RICO
AGUSTIN IRUSTA
ANTONIO AMAYA
BOLEROS DE MODA
RITMOS CUBANOS
JUANITO VALDERRAMA
CHAVALILLOS DE ESPAÑA
GRANDES FIGURAS DEL
FOLKLORE
MARIO VISCONTI
CARLOS GARDEL
MELODIAS DE HOY
RAMON EVARISTO
XAVIER CUGAT

CLIPPER'S
EL GRAN ISRAEL
JUANITA REINA
LOCURAS DE AMOR
MELODIAS DE COLOR
BONET DE SAN PEDRO
CANCIONERO AFROCUBANO
VOCALISTAS DE LA RADIO
ARMANDO OREFICHE
PRINCIPE GITANO
CARMEN DE LIRIO
CONSTELACION
ANTONIO MACHIN Y
RAUL ABRIL
PEPE PINTO

3



4 Ptas.